

LA POSICION INTERNACIONAL DE PAKISTAN E INDIA Y EL CONFLICTO DE CACHEMIRA

El triunfo comunista en China marca una etapa importantísima en los esfuerzos de la Unión Soviética para la soviétización de Asia.

Con la terminación del bloqueo de Berlín y el fin de la guerra civil en Grecia, Rusia parece disminuir su atención del escenario europeo para concentrar sus actividades sobre el Continente asiático, sin por ello dejar de mantener su presión en otros lugares asimismo vitales para la economía de los países capitalistas como Africa.

En los países del Sudeste de Asia, lugares que en la actualidad constituyen sus inmediatos objetivos, la Rusia comunista trata de alcanzar dos finalidades, una próxima y otra remota: La próxima, de tratar de conseguir, por el mantenimiento de un estado de agitación en esta parte del mundo, una disminución de la capacidad productora de los territorios en él situados, asentando con ello un duro golpe a la economía británica, en trance de recuperación a costa de tantos esfuerzos y sacrificios, por la disminución de la producción de petróleo de Birmania: de arroz, en dicho país, Indochina y Siam, y de caucho y estaño, en Malaca.

El más remoto si consigue incorporar al grupo de países comunistas territorios que, con la península indostánica, China y la Unión Soviética, superan la mitad de la población del Planeta con recursos económicos incalculables, de los que se verían totalmente privados los demás países.

En el camino trazado, Rusia apoya y ha reconocido el Gobierno del cabecilla Ho-Chi-Minh en Indochina, que combate al organizado bajo el ex emperador Bao-Dai, forzando con ello a Francia a desgastarse en una guerra que ocupa a cien mil hombres y la obliga a dilapidar los millones que el Plan Marshall le proporciona. Alimenta la guerra civil en Birmania, produciendo grandes daños en las instalaciones petrolíferas, disminuyendo su producción y la de las exportaciones de arroz a la India y otros países tan necesitados de ellas. Mantiene un estado de agitación en Malaca por medio de bandas comunistas que impiden la

explotación de productos tan esenciales como el estaño y caucho. Cuenta en potencia con una quinta columna en Siam, donde el 20 por 100 de la población es china. Todo esto sin contar con la agitación que también cultiva en Filipinas y la sostenida en Indonesia, en donde la situación parece actualmente más calmada.

En estas circunstancias, claramente se comprende la importancia decisiva que para el porvenir de Asia y del mundo adquiere el Subcontinente indostánico, con fronteras con Birmania y China en su parte Nordeste, y Persia y Afganistán, en su Noroeste, no estando separado de la Unión Soviética en algunos puntos más que por algunos kilómetros de territorio de aquel último país.

Este Subcontinente, que constituye una unidad geográfica y económica, ha sido dividido en dos países, teniendo en cuenta tan sólo la distribución de sus habitantes de acuerdo con sus creencias religiosas. De un lado, los territorios ocupados por musulmanes, y del otro, los habitados por indios, formando, respectivamente, los Dominios de Pakistán y la Unión India.

Ello ha producido la monstruosidad geográfica que supone el constituir un país como Pakistán con una provincia, la Bengala Oriental, a una distancia del resto de su territorio de más de mil millas con comunicaciones tan sólo marítimas o aéreas. Y la económica, de que produciéndose el 80 por 100 del yute del mundo en la citada provincia, los telares para trabajarlo y el puerto para su salida, se encuentren en la ciudad india de Calcuta.

Asimismo, ha dado lugar a que se plantee el problema de Cachemira, que Pakistán reivindica consecuente con el criterio que ha presidido para la constitución de su país, por ser musulmana la mayoría de la población de aquel territorio.

Si los dos Dominios, conscientes del hecho de complementarse y necesitarse mutuamente en el aspecto económico, mantuvieran una política de colaboración y entendimiento, la tarea de erigirlos en baluarte de la lucha contra el comunismo se hubiera relativamente simplificado. Decimos relativamente porque hay aspectos en los que ambos se muestran coincidentes y les impulsan, aunque por diferentes caminos, a negarse sistemáticamente a tomar posiciones en un mundo dividido entre comunismo y anticomunismo.

Nehru, afirmando en repetidas ocasiones que la India no tenía por qué alinearse en ningún bloque y que creía posible que el mundo encontrara su camino hacia la paz sin necesidad de tener que estar dividido en dos bandos hostiles.

Pakistán, diciendo por boca de sus dirigentes que entre los dos «ismos» que dividen al mundo, éste podría encontrar un tercer camino por la práctica de las doctrinas y enseñanzas del Islam, contrarias por igual al materialismo comunista y al egoísmo capitalista.

Las diferencias que en todos los aspectos han separado a los dos Dominios desde su nacimiento, en agosto de 1947, han sido siempre tan grandes, que desde entonces han permanecido en constante estado de conflicto. Al principio, cuando las fuerzas indias irrumpieron en el territorio de Cachemira para apoyar al Marajá contra el levantamiento de los musulmanes, que, al estar en mayoría, deseaban su incorporación a Pakistán. Posteriormente, la anexión violenta del Estado de Hyderabad a la India, que Pakistán reivindicaba por ser sus dirigentes y parte de su población musulmanes. En septiembre de 1949, la cesación total del comercio entre ambos países al no reconocer la India la cotización de la rupia paki-tana, como consecuencia de no haber devaluado su moneda Pakistán al hacerlo Gran Bretaña y todos los países del área esterlina. Ultimamente, a principios del año actual, estuvo a punto de producirse un conflicto armado al reanudarse los disturbios comunales con matanzas y atropellos de indios y musulmanes en los opuestos territorios.

Se explica que en estas circunstancias las grandes potencias hayan tratado de resolver el problema de Cachemira y de encontrar una solución para poner un término al estado de tensión en el subcontinente.

Hay que confesar que tanto Gran Bretaña como Norteamérica no mostraron en un principio excesiva habilidad para alcanzar el fin propuesto.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a quien habían accedido en someter su disputa sobre Cachemira India y Pakistán en enero de 1948, designó una Comisión de Tregua, que se trasladaría al subcontinente con objeto de investigar la situación y actuar como amigable componedora en el conflicto.

La Comisión, formada por cinco miembros, representantes de Argentina, Bélgica, Colombia, Checoslovaquia y Norteamérica, llegó al Subcontinente en julio de 1948 con el propósito de obtener la cesación de la lucha entre los combatientes, que habría de ser seguida de una tregua que permitiera la organización de un plebiscito en el que la suerte del territorio en disputa fuera decidida, conforme a la voluntad de sus habitantes. Hasta enero de 1949 no se consiguió el «alto el fuego», y la Comisión de Tregua continuó sus forcejeos para obtener en junio del mismo año que los expertos militares de ambas partes fijaran la línea en que habrían de permanecer los combatientes. A partir de aquel momento la Comisión se debate inútilmente tratando de conseguir un acuerdo entre las dos partes para la desmilitarización prevista, y termina por confesar su impotencia elevando un informe al Consejo de Seguridad para que éste decida el camino a seguir.

Entre tanto el Gobierno y la opinión de Pakistán se impacientan, acusando a las potencias de parcialidad hacia la India, por considerar que resultaba favorecida con estas dilaciones, que retrasaban la celebración del plebiscito previsto en Cachemira, que no dudaban habría de

ser favorable a la incorporación del territorio en disputa a su país, por la mayoría absoluta en que los habitantes de religión musulmana se encontraban en aquél. Asimismo, el hecho de no haber encontrado eco en las Naciones Unidas el caso de Hyderabad, que el delegado de Pakistán en la Organización internacional planteó ante la misma, era un motivo más que justificaba esta convicción.

En un momento dado, en que hasta se creyó que las potencias serían capaces de abandonar a Pakistán y dejar las manos libres a la India para realizar sus propósitos imperialistas de dominación sobre todo el Subcontinente, se llegó a decir en los ambientes responsables de Karachi que si esto sucediera no vacilarían en el camino a seguir, aun pensando y dándose cuenta de toda la gravedad de una determinación extrema, dando con ello a entender que se echarían en brazos de Rusia. En aquellos días (junio de 1949) fué cuando el Gobierno de Pakistán anunció que se había decidido la normalización de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética mediante el intercambio de embajadores, y que el primer Ministro, Sr. Liatat Ali Khan, había aceptado la invitación de Stalin para visitar Moscú en fecha próxima.

Hay pruebas de que la maniobra dió los apetecidos resultados. Comisiones de industriales británicos y norteamericanos visitaron Pakistán para estudiar los medios de procurar una mayor ayuda para la ansiada industrialización del país; el viaje del primer Ministro a Moscú fué aplazado *sine die*, y el Presidente Truman invitó al Sr. Liatat Ali Khan a visitar la gran república norteamericana.

Un mal humor fué creciendo en India por creer que la opinión norteamericana y las Naciones Unidas habían evolucionado en sentido favorable a Pakistán. El Consejo de Seguridad de la O. N. U., tras titubeos e innumerables dilaciones, decidió por fin, en marzo de 1950, sustituir a la Comisión de Tregua de Cachemira por un solo mediador con más amplios poderes y un plazo de cinco meses para llevar a cabo su misión de tratar de conseguir la delimitarización de los territorios en litigio, como paso previo para la organización del plebiscito. El mediador designado ha sido el jurista australiano Sr. Dixon, que se encuentra ya en el Subcontinente.

Como última manifestación de la atención que las potencias acuerdan a la estabilidad en esta parte del mundo ha de citarse los esfuerzos realizados hasta llegar a conseguir que los jefes de los Gobiernos de ambos dominios, Nehru y Liatat, en un gesto elegante y digno de encomio, se entrevistaran en Delhi en abril último y llegaran a un acuerdo para poner término a los disturbios comunales que desde enero de este año ensangrentaban el suelo de los dos países y acabar con el colapso del comercio, que tantos perjuicios había causado a ambos desde su interrupción en septiembre de 1949.

En las conversaciones parece que también se trató, aunque superfi-

cialmente, de la cuestión de Cachemira, pendiente, como hemos visto, de los buenos oficios del mediador designado por el Consejo de Seguridad de la O. N. U.

Esta tarea no ha de resultar nada fácil. Tanto India como Pakistán mantienen tesis dispares en lo referente a la desmilitarización, que dieron lugar a que la Comisión de Tregua se confesara impotente para aunarlas.

Pero aun superada la dificultad de la desmilitarización, quedará después la de la organización del plebiscito en un territorio donde no existen censos de población y ha habido cambios que pueden alterar la proporción de habitantes de uno y otro bando que habrían de pronunciarse en la consulta popular, sin contar la de determinar qué autoridades locales han de presidirla.

La táctica de la India, hasta ahora, ha sido la de poner obstáculos y conseguir dilaciones para retrasar la celebración del plebiscito, por saber que en los territorios en litigio, considerados en su totalidad, los musulmanes se encuentran en mayoría. Por el contrario, Pakistán pretende que se celebre cuanto antes, no dudando que su resultado le ha de ser propicio.

La decisión de esta cuestión en sentido favorable es vital para Pakistán, mientras que para India tan sólo reviste un interés negativo, al debilitar a su vecino del Subcontinente, y un aspecto sentimental, por ser Nehru originario de aquel territorio.

Dadas las firmes posiciones y afirmaciones categóricas de los dirigentes de ambos países, no parece que quede espacio para una solución ecléctica de la disputa. Sin embargo, no se excluye la posibilidad de una fórmula de compromiso conforme a la que el territorio ocupado por voluntarios controlados por Pakistán sea incorporada a este país y la actualmente en manos indias y del Marajá sea unida a India. Cabe también una tercera solución, aunque parece irrealizable dada la intransigencia demostrada por ambas partes en el curso del conflicto, y sería la de administración conjunta por los dos países interesados.

De la resolución satisfactoria de este problema depende en gran parte la continuidad y estabilidad de Pakistán, y por ende, de la paz en esta zona del mundo, aunque con ello no habrían desaparecido por completo los motivos de roce de Pakistán con India, con la que, aparte el trato que reciben los 40 millones de musulmanes allí residentes, solucionado circunstancialmente, como hemos visto, existe el de la provincia pakistana de Bengala Oriental, situada a más de mil millas del Pakistán Occidental, sin más comunicaciones que las marítimas y aéreas, como ya hemos dicho, con una población de 45 millones de habitantes, de los que más de once son indios, con idioma distinto, el bengalí, más cerca por su cultura a la India que a Pakistán, y rodeada por las provincias indias de Assam y Calcuta. En este territorio existe un movi-

zamiento autonomista, alentado por la India y justificado por las razones anteriormente expresadas. Además, es en la parte de Pakistán donde la propaganda comunista es más activa, alimentada por su proximidad a Calcuta, el gran centro de propaganda marxista del Subcontinente.

El Gobierno de Pakistán, por razón de este antagonismo con India, ha tratado desde el día de la constitución del país en Dominio independiente, de buscar el apoyo moral de sus hermanos de religión, manteniendo una estrecha amistad con los demás países musulmanes: actitud que se justifica, además, por su propia razón de ser, al haber nacido a la comunidad internacional por el hecho de la religión islámica de sus habitantes (1).

En febrero de 1949 tuvo lugar una Conferencia islámica mundial en Karachi, con asistencia de delegados de la mayoría de los países musulmanes, y en la que se decidió la creación de una entidad permanente que tendría representación en todos los países seguidores de la doctrina del Profeta. A pesar del entusiasmo que esta reunión despertó y de los fogosos discursos pronunciados en ella ensalzando la hermandad islámica, una vez extinguidos los clamores de la Conferencia no se han observado resultados concretos de los objetivos propuestos, ni actividad ostensible por los secretariados creados en las capitales de los países musulmanes.

Sin embargo, Pakistán no ha cejado en su noble propósito de tratar de conseguir una mayor unidad y colaboración entre los países y territorios habitados por musulmanes desde la costa occidental de África hasta Indonesia, con una población de más de trescientos millones de seguidores de las doctrinas del Islam.

Con la incorporación de Indonesia a la vida internacional y sus setenta millones de habitantes, de los que el 90 por 100 son considerados como mahometanos, un nuevo aliente recibe este deseo de Pakistán de erigirse en eje de un inmenso bloque, del que él sería el centro y abrazaría una extensa faja desde el Atlántico al Pacífico.

Los primeros pasos de la nueva República Indonésica no fueron, sin embargo, demasiado prometedores. Su Presidente se apresuró a manifestar que el nuevo Estado no se creaba sobre una base religiosa y se mantendría en los mismos términos de tolerancia y libertad con todas las religiones que se practicaban en el país.

Este mismo criterio fué confirmado por Soekarno durante la visita que realizó a Karachi en enero de 1950, al no obtenerse de él ninguna afirmación en el esperado sentido de una integración de la Unión Indonésica en un bloque islámico. Esta actitud de cautela estaba, sin duda,

(1) Consecuente con esta finalidad, Pakistán, por medio de su delegado en las Naciones Unidas, Sr. Zafrullah Khan, ha intervenido con ardor y entusiasmo en todas las ocasiones que los intereses de los países musulmanes se han puesto en juego. De ello son pruebas sus intervenciones en los debates sobre Israel, Colonias italianas e Indonesia.

influida por el deseo de no disgustar a la India, que tanto había apoyado y alentado a la nueva República para el logro de sus aspiraciones de independencia.

Siempre con el anhelado objetivo en vista, el Presidente de la Liga Musulmana de Pakistán, Sr. Khaliqz zam, salió en viaje de propaganda de su ideal de «Islamistán» en septiembre de 1949 por todos los países musulmanes, visitando en su gira Irán, Irak, Siria, Jordania, Arabia, Turquía y Egipto. Esta idea se hizo aparecer al principio como una unión espiritual de los países que profesaban la misma fe; pero en el curso del viaje se convirtió en la propaganda de un bloque político similar al Pacto del Atlántico.

No parece que estos sondeos obtuvieran demasiado eco en ciertos países musulmanes, como Turquía y Egipto. El primero, refractario desde su revolución nacional a integrarse en todo bloque religioso, y el segundo, celoso del eventual propósito de caudillaje que pudiera representar por parte de Pakistán el ser iniciador de la idea.

En consecuencia, el Gobierno de Pakistán desautorizó, por medio de la Prensa considerada como gubernamental, la forma en que el Presidente de la Liga Musulmana había realizado su misión.

También éste fue criticado en ciertos sectores por deducirse que el haber incluido en su viaje a Londres indicaba que Gran Bretaña no era ajena al plan y trataba de servirse de Pakistán como intermediario a través de quien poder seguir manteniendo su influencia sobre el mundo islámico.

El último intento en el sentido propuesto ha sido el de la celebración, en noviembre de 1949, de la Conferencia Islámica Económica Internacional, presentada como de iniciativa de los industriales y comerciantes de Pakistán, que invitaban a la misma, pero en realidad inspirada y dirigida por el Gobierno de Pakistán.

En efecto, con asistencia de delegados de todos los países musulmanes independientes y de otros territorios, como Marruecos, Argelia y Túnez, principalmente, tuvieron lugar las deliberaciones de la Conferencia en Karachi, en las que especialmente estos últimos aprovecharon la ocasión para convertirla en foro de su propaganda política, por sus ataques enconados contra Francia y, en menor escala, contra España.

En contraste con esta libertad de los propagandistas norteafricanos, contrastaba la ausencia o el silencio de los representantes de territorios sometidos a Rusia o Gran Bretaña, como Turquestán y Malaca.

Después de la solemne proclamación de una Carta o Constitución de los países musulmanes y del establecimiento de comisiones permanentes para el estudio y coordinación de la economía del mundo islámico, algo parecido a lo sucedido con la Conferencia Islámica Mundial ha tenido lugar, al no haberse vuelto a tener noticias de las actividades desplegadas por los organismos creados.

Párrafo aparte merecen las relaciones de Pakistán con sus dos vecinos del Norte: Irán y Afganistán. Afganistán, desde hace seis meses, viene desarrollando una campaña, por medio de su radio y de su prensa, de reivindicaciones sobre el territorio de la provincia pakistana del Noroeste, habitado por las aguerridas y díscolas tribus patanas, que constituyeron la pesadilla de la India indivisa y obligada a Gran Bretaña a mantener gran número de fuerzas en esta región. Las tribus que habitaban esta provincia optaron en el momento de la constitución de Pakistán por su incorporación al mismo, quien ha sustituido por copiosos subsidios las fuerzas que otrora mantuviera Inglaterra en estas regiones. Además, gran número de hombres de estas tribus han combatido del lado de Pakistán en auxilio de sus hermanos de religión en Cachemira.

En tales circunstancias, las reivindicaciones de Afganistán, que pretende la autonomía a las tribus que habitan la citada provincia pakistana para formar un Estado que se llamaría Patanistán, aunque histórica y racialmente pueden tener algún fundamento, no han hecho hasta ahora gran zozobra en las tribus, que se sienten más atraídas hacia Pakistán por proporcionarles los subsidios, y en quien ven posibilidades más extensas que con Afganistán.

En los momentos en que la tensión entre India y Pakistán era más aguda, el primero veía con cierta satisfacción y hasta animaba esta campaña de Afganistán, que podía distraer la opinión y las energías de su vecino del Subcontinente del fundamental problema de Cachemira.

Como consecuencia de la deterioración de relaciones con sus dos vecinos, India y Afganistán, y por motivos históricos, religiosos y culturales, Pakistán ha tratado de estrechar los vínculos que tradicionalmente siempre le han unido a su otro vecino, Irán. La visita que realizó su soberano, el Shah Mohamed Reza Pahlevi, a Pakistán en febrero del año actual, dió ocasión para exaltar en profusión de discursos y homenajes la amistad y compenetración cultural y religiosa que unía a los dos países. Pocos días antes de esta visita, un tratado de paz y amistad fué firmado en Teherán entre ambas naciones.

Detalle curioso y desconcertante: el mismo día que terminaba esta visita, durante la que no se cesó de exaltar la hermandad de los pueblos islámicos hasta el paroxismo, Irán reconocía al Estado de Israel, rompiendo con ello la unidad de conducta de los países musulmanes, que anteriormente había ya quebrantado Turquía con idéntico gesto.

Ya hemos visto la evolución de las relaciones de Pakistán con Norteamérica, hasta llegar a la invitación del Presidente Truman al primer Ministro, Sr. Liquat Ali Khan. La visita ha tenido lugar en el pasado mes de mayo, y se desconocen aún sus consecuencias políticas; pero puede predecirse que, de la misma manera que en la realizada por Nehru a la gran República norteamericana en diciembre de 1949, no

habrán podido los dirigentes americanos obtener del ministro pakistaní una definición precisa contraria al comunismo internacional en consonancia con el criterio que sobre el particular ha expresado en otras ocasiones del Jefe del Gobierno de Pakistán. En tal sentido es muy expresiva la respuesta que dió el Sr. Liquat Ali Khan a un periodista norteamericano cuando éste le preguntó si su proyectada visita a Moscú se llevaría a cabo.

Con Rusia el establecimiento de relaciones diplomáticas y en consecuencia la presencia de un Embajador soviético en Karachi, ha abierto el camino a una propaganda de tipo objetivo por el momento y a que hayan tomado aliento las organizaciones comunistas y procomunistas de Pakistán, que hasta ahora carecen de grandes masas en la parte occidental del país, reclutando sus afiliados entre intelectuales y estudiantes. En cambio, en la provincia de Bengala Oriental, próxima a Calcuta, la propaganda es más intensa y el peligro comunista se puede considerar como más próximo.

Gran Bretaña, a pesar de las expresiones de mal humor y destemplanza que algunas veces aparecen en la prensa nacionalista, continúa manteniendo una influencia política y económica manifiesta. En las fuerzas armadas todavía los altos jefes del Ejército de Tierra, Aviación e incipiente Marina continúan siendo de nacionalidad británica, aunque se ha prometido para el próximo año la total pakistanización del Ejército. A pesar de la campaña en contra de las preferencias imperiales de que gozan para su introducción en el país los productos británicos, todavía no han sido éstas abolidas. Únicamente han sido sustituidos en el año 1949 y principio del 1950 los tres gobernadores británicos de las provincias del Punjab, Noroeste y Bengala Oriental por pakistanos, y paulatinamente también van desapareciendo los funcionarios que en el momento de la partición se mantuvieron en gran número de cargos públicos para ser asimismo sustituidos por pakistanos.

Los otros Dominios sostienen cordiales relaciones con Pakistán, manteniendo Altos Comisarios en Karachi, Canadá, Ceilán, Australia y por descontado la India. En cambio, con la Unión Sudafricana las relaciones no son tan amistosas, debido, como es sabido, al trato que reciben las minorías pakistanas residentes en aquel país, afectadas por la política de discriminación racial que en él se sigue. Últimamente estas relaciones se han suavizado algo con motivo de la reunión celebrada en Cape Town entre los delegados de dicho país y los de India y Pakistán para tratar de resolver el problema sin que se haya llegado a acuerdos precisos sobre el particular.

Con los países asiáticos no musulmanes, trata igualmente Pakistán de estar en los mejores términos: Ha reconocido al Gobierno de la China comunista; mantiene con reciprocidad un Embajador en Birmania, y sostiene un intenso comercio con el Japón, habiéndose mostrado parti-

dario en la Conferencia de Colombo de que el Tratado de Paz con aquel país fuera firmado cuanto antes.

Respecto a Indochina se muestra en una actitud expectante, refractaria a reconocer el régimen de Bao Dai, apoyado por Francia al considerar que representa más genuinamente la voluntad de independencia de este territorio los seguidores del cabecilla comunista Ho-Chi-Minh.

En relación con los países europeos de uno u otro lado del telón de acero, lo que en realidad interesa a Pakistán es su intercambio comercial con ellos. A pesar de mantener estos en su mayoría representaciones diplomáticas en Karachi, algunos con categoría de Embajadas, como Francia, Bélgica y Holanda, hasta el momento actual no existe un sólo representante diplomático pakistano en el Continente europeo, con excepción del de Moscú.

Si hay algún país fuera de la órbita asiática o musulmana susceptible de interesar a Pakistán en aspectos más espirituales, éste sería España, por su pasado islámico, cordiales relaciones con los otros países musulmanes y forma en que ha realizado su obra civilizadora en América y Filipinas, fundiendo su sangre con la de las poblaciones indígenas sin ningún prejuicio racial, que tanto se duelen a estos países al verlo aplicado por otras naciones.

Estos hechos, que tan sólo conocían minorías reducidísimas de Pakistán, han comenzado a ser divulgados desde que España ha establecido en Karachi un Consulado General como paso previo para el establecimiento de plenas relaciones diplomáticas. En la actualidad, se está tan sólo en sus comienzos, pero la siembra empieza a dar sus frutos y existe una gran curiosidad entre la juventud e intelectualidad pakistanas hacia lo que a España se refiere y muy especialmente por el estudio de nuestro idioma.

Si Pakistán consigue resolver satisfactoriamente el problema de Cachemira, consolidar sus relaciones de amistad y colaboración con India y encontrar una fórmula para solucionar la situación de la Bengala Oriental, podrá desempeñar en el concierto internacional el importante papel que le corresponde al ser el quinto país del mundo por su población, su posición estratégica, capacidad económica y preeminente puesto que ocupa entre las naciones islámicas a las que ha aportado, con sus setenta millones de seguidores de las doctrinas del Profeta, su entusiasmo religioso y el ejemplo de la tenacidad que le ha hecho conseguir su independencia.

Si, por otra parte, consigue verse libre del contagio marxista, podrá Pakistán, aun sin necesidad de alincarse en ningún bloque, constituir un importantísimo factor de equilibrio para contener la avalancha comunista que trata de sumergir al Continente asiático, *apoyándose* en

puntos más débiles o mejor preparados para la propaganda disolvente, como la India, en donde la miseria de ingentes masas de campesinos y de obreros que trabajan en sus industrias constituyen el terreno mejor preparado para la propaganda soviética que, desde Calcuta, trata de irradiarse a todo el Subcontinente.

EMILIO NUÑEZ DEL RÍO

Ministro Plenipotenciario.

III.- CRONOLOGIA INTERNACIONAL

